

La lóbrega noche

ANDREW BLACKSMITH

Image not found.

Capítulo 1

LA MUERTE Y LA ROSA

Veía cuan cansados estaban sus ojos, el cansancio de su alma en cada despertar, el dolor de su lamento escuchaba sollozar. De respiración agitada al iniciar la mañana y un temblor sobre sus manos al caer el alba y veo sus ojos colapsar, suplicando con premura llegue su final.

¡Ah! cuanto había sufrido su vetusto cuerpo, y abrazaba con gran esperanza que la amiga del silencio llegara a su morada y tomándolo de la mano, le permitiera descansar.

–Llévame contigo a mi morada final- dijo aquel anciano hombre- ya no me queda nada en este frío mundo, te suplico piedad! ven por mí en esta noche helada y tormentosa, arrástrame al infierno si es necesario; así mi alma deba ser torturada por la eternidad, puedo soportarlo, si en lugar de ello traes la paz a este viejo cuerpo que ya se ha cansado de tanto llorar, y te suplico en este momento arranques el alma de este cuerpo y le pongas fin a mi insoportable tormento. Ven a mi ángel de la muerte en esta noche de abril, pues este cuerpo ya jamás será febril. Tráeme la paz que por tantos años te he clamado de rodillas, ya mi cuerpo ha perdido toda fuerza y toda motivación para vivir y ni aun así te has apiadado de mí. La enfermedad me carcome vivo y ya no tengo fuerzas para caminar, mis pies me fallan y más de mil noches llevo postrado en la cama, humillado y alejado de toda virtuosidad, ya no soy más un humano que muestre ferocidad.

–Termina hoy con mi suplicio, te suplico un nuevo inicio o que traigas a mí el tan anhelado final. Apiádate de mí, llévame a tu necrópolis y con gusto compartiré el mismo espacio de tus monstruos ondeantes, arrastrantes y flagelantes de cuerpos vejados. Cuantos años más he de suplicarte con los ojos inundados por las lágrimas de desespero al ver este anciano cuerpo que por sí solo ha perdido la movilidad. Escúchame te lo suplico y termina ya con mi martirio, pues ya no logro soportarlo más, mi familia me ha abandonado y me han dejado postrado en una vieja cama, olvidándose de mi sacrificio, haciendo todo yo por su beneficio. Esta fría vida solo me ha dejado a mi última descendiente, quien al verme en este estado lamentable se ha apiadado de mi cuerpo y ha decidido por mí velar. Ven a mí y dale la libertad que ella necesita, pues un alma tan hermosa y noble, no merece pasar el resto de su existencia postrada a merced de las vicisitudes del destino en cuanto a mi vida se trata. No permitas que ella continúe desgastando su existencia permaneciendo tanto tiempo a mi lado.

– ¡Qué debo hacer para que me escuches!

Cuanto deseaba poder ayudar a ese viejo hombre, veía como su hermosa descendiente de ojos tan dulces como la miel lloraba al salir de la habitación cada vez que acudía en su ayuda. Él sufría por su cuerpo y por añorar un descanso para su alma, que no ha encontrado refugio en tantos años de sufrimiento, pero también su dolor era producido al ver que todos sus seres amados lo habían dejado olvidado, al creer de él solo un molesto óbice en sus vidas. Solo el retoño de su hija menor se apiado de él y lleva a su cuidado más de 9 años. ¿Pero que podía hacer yo? Permitir que siguiera sufriendo 9 años más. Aunque creo que en realidad, lo que me motivo a ayudar, no fue la piedad que tuve por aquel viejo hombre. Tal vez, solo tal vez, el ver como su dulce y hermosa nieta sufría, ver cuando sus lágrimas adornaban sus ojos de miel, fue cuando decidí intervenir sin importar lo que me costase, debido a que veía el dolor que le producía, saber sobre el estado en el que su abuelo se encontraba.

Acaso, ¿cuánto debe sufrir un hombre?, cuan malogrado y humillado debe estar su cuerpo para que reciba la bendición de la muerte, ¿cuánto tiempo debe continuar su alma en interminable tortura?, pero, ¿qué puedo hacer yo?, aunque tenga la llave para dar fin a su sufrimiento, no poseo la libertad de otorgarla cuando yo crea conveniente. Solo soy un mensajero que debe aguardar a que las órdenes sean dadas.

A lo largo de mi eterna existencia he podido observar miles de almas que no paran de sufrir, he visto como he tenido que cumplir con la lista encomendada a mi cruel y despectivo quehacer, cumpliendo de manera nada sabrosa para mi paladar. cegar la vida inocente de alguien que no ha tenido la oportunidad de disfrutar la vida, ¿cómo puede ser posible? que me encomienden tan cruel destino de arrastrar con mi vieja hoz el alma de quien apenas ha estado en este mundo por unos cuantos instantes y sus progenitores no han alcanzado a deleitar la dicha de tenerlo entre sus brazos, y por el contrario, ¿cuándo me ha de llegar la orden? para darle la tranquilidad a esta angustiada alma, que por más de 9 años ha suplicado mi piedad. He escuchado por milenios, como los humanos me culpan por haberme llevado a sus seres amados y yo, en realidad, solo cumplo mi trabajo. Soy el único ser justo, el único imparcial que existe en el universo, pues todos, sin importar quien sea, deberá abandonar su cuerpo y acompañarme para ser guiado a la espera eterna. Soy el ser más justo pero el más odiado. Conmigo no hay raza, riqueza, ni sexualidad, no existe lugar en el mundo, en el que de mí puedan escapar y aun así soy considerado una bestia infernal.

Pero en mi amarilla lista su nombre no existía, y aunque pasaron muchas noches, en las cuales observaba a cada instante que su nombre apareciera, esas letras no marcaron su esperado final. Sus suplicas mis oídos mil veces han escuchado, y aunque nuevos nombres siguieron

apareciendo, el suyo no apareció y jamás toque su puerta.

La observe en varias ocasiones, y entre más tiempo la observaba, más me simpatizaba; jamás creí al humano ser digno de tal sacrificio, entregar toda su belleza y juventud por el bienestar de su viejo abuelo, sin recibir nada a cambio, y todo por esfuerzo propio. La observe, y pude deleitarme al observarla, pues jamás mis ojos habían visto la pureza, en unos ojos de miel.

Creí que por ser un ángel de la muerte había muerto en mí la capacidad de la fascinación por la humanidad, pero veo que el amor es una tentación a la cual todos los ángeles estamos expuestos, sin importar si somos los más marginados e incluso odiados por la humanidad. El susurro de su voz en suplica de piedad llegó a mis oídos, e imposible me resulto no caer postrado de rodillas ante su dulce petición, su voz me iluminó entre tanta oscuridad y muerte, y conocí el temor... Temí a perderme entre sus ojos, temí a perder la voluntad, y temí a dejar de ser quien era. Como pudo en tan poco tiempo lograr conmover mi corazón, si en ocasiones anteriores pude observar a varios humanos en peores condiciones. Pero... ¿Qué tenía ella para hacerme desear ayudarlo y sacarlo de aquel suplicio?, mas la razón no era él, eran las suplicas llenas de amor de su descendiente quienes me hacían colapsar. Me partía el corazón escuchar su dulce y tierna voz envuelta en llanto.

Deseaba creer que la determinación que estaba a punto de tomar, era para poder darle la tranquilidad a la anciana alma de este viejo humano que ya estaba cansado de tanto existir, por su existencia inexistente. Pero mis oídos fueron sordos a sus suplicas y aunque muchas veces él me suplico, jamás acudí a su llamado. Conocí a muchos humanos que pasaron por una situación mil veces más torturante y jamás mi corazón, fue capaz de sentir sensación alguna de remordimiento o de piedad. Pero escuche y vi, con oídos y ojos humanos y fui capaz de ver lo velado. No sé si lo que me hizo cambiar de parecer fue el dulce color de sus ojos, el dolor de sus lágrimas, la suavidad de su voz, el rosa de sus labios, lo blanca de su tez, su negro cabello azulado ondeante, las picaras pecas en su rostro o el dulzor de su sonrisa en días amargos, quizá fue como el sol resplandecía de belleza al tocar su rostro, o como su rostro iluminado por el sol la retrataba como ángel de luz, recordándome mi amable origen. tal vez fue por el olor de rosa de invierno que en ella había, o por el dulce aroma a rosal de primavera que podía oler sobre su piel, o el extraño pero delicioso e indescriptible fragancia que brotaba cual capullo de su terso cabello, ese olor que hace que la piel del humano se inquiete. ¡Oh! hermosa y deliciosa piel del humano, cuanto añoro tenerla sobre mí, para así poder percibir lo sedosa que es su piel, para sentir esas sensaciones esplendorosas de las que tanto he escuchado. Deseo tenerla ya sobre mí y amar desesperada y agitadamente como el humano suele y desea amar. Deseo sentir el aliento intranquilo y jadeante, epifanía tormentosa de un mundo onírico que hace mi deseo y pasión una utopía envuelta entre el suplicio de ser intangible.

Pues después de verla, ya no deseo más regresar a Aqueronte. añoro poder quedarme aquí, sin interesar cuanto tiempo, solo viendo, escuchando, amando para siempre si es posible, permanecer en esta tierra será gloria eterna si puedo tan solo verla, habría gratitud en mi alma.

Y de nuevo oí a aquel anciano hombre clamar mi nombre y mi corazón no se apiado, pero al escuchar la melodiosa voz de su retoño, suplicar por la vida de su abuelo, accedí, y desobedecí. Quizá me cansé de escuchar tantas suplicas que jamás fueron atendidas y decidí dar el tiempo que yo creí fuese necesario, y aunque de busque su nombre en la lista, este no aparecía.

-he aquí mi guadaña que termina con el suplicio humano, dame tu alma y en lugar de ello traeré paz a tu cuerpo.

Pareciera como si sus oídos me hubiesen escuchado, o como si su cuerpo hubiese sentido, como desgarró de su carnalidad su alma, pues al momento de él morir, vi como sonrió, era una sonrisa de tranquilidad y gratitud al haber liberado su cuerpo de dolor tan extenuante. Y vi su rosa sonreír, sonreír y llorar de dicha, al ver que el dolor de su abuelo ya había terminado, y ahora, por fin, después de tanto tiempo él podría descansar. Vi cuando ella cerró sus lindos ojos y oí como con su dulce voz me agradecía por haberle dado la paz que por tanto tiempo había añorado. Quede encantado al ver la bondad de su alma, y sentí satisfacción.

Deseaba tocarla, mirarla y sentir su fragante aroma, pero eso era imposible, pues si la tocaba, ella ciertamente moriría. El sol brillo como nunca y vi la perfección de su belleza, y en ella vi reflejada mi mayor pena, su belleza seria el desencadenante de la angustia y sufrimiento que jamás conocí.

Mis ojos se cerraron, la oscuridad y la nada me abrazaron con gran fuerza, ya no está aquel aroma de rosas de primavera, ya no hay resplandor, solo lamentos en un mundo silencioso, lleno de angustia lamento y del crujir de dientes de los condenados, y aunque escucho sus sollozos aquí, estoy solo en realidad. Dolor y desespero son mi única compañía en esta oscura bóveda abandonada por la luz y por el tiempo, encerrado en un lugar del que jamás se puede escapar, un lugar sin retorno, lleno de vacío y sufrimiento que jamás será compartido por nadie, pues nadie más está aquí. Soy el único culpable y la tortura ha sido puesta solo para a exclusividad de mi eterno sufrimiento. Estoy solo entre la nada, cavilando eternamente por mi desacierto. He traído la muerte prematura adelantándome al destino predispuesto. El secreto de ventura... morir antes de tiempo.

En ti ya no hay más sufrimiento. Te he cegado la vida, pero descansarás

en paz, teniendo la perpetuidad en los recuerdos más ajenos.

Maldito y cruel destino, me castigas por ser el único imparcial.

Ya no soy yo quien está en el mundo humano, mi remplazo cruel e impávido ha llegado, con su forma andrógina encantadora, humanizada para perder toda humanidad, y en forma de mujer, para hacer que cualquiera que la vea caiga rendido a sus pies.

Estando inmerso entre el mundo de la vacuidad, comprendí lo que había hecho, y algo que jamás había experimentado pude percibir, millones de años sin sentir, y cuando sentí, el castigo llegó a mí...

Y conocí el dolor y el sufrimiento.

¡Qué debo hacer para que me escuches!

Capítulo 2

¿QUIEN SUSURRA EN LA NOCHE?

Un despertar para tu mayor pesadilla encarnada. Nunca más dormirás. Jamás recuperarás la tranquilidad, cuando aquel que susurra en la noche llegue por ti, será tu último respirar.

Las noches solían transcurrir silenciosas y tranquilas al igual que las demás, jamás se escuchó sonido alguno que proviniera de la habitación aparte de la dulce risa de una tierna niña de nombre Daniela. Pero en las noches en que las tinieblas se paseaban por la tierra, el mayor temor surgió de lo profundo del abismo para llevarse arrastrando las almas de quienes no dormían de noche.

Tarde o temprano él vendrá por ti, pues tu miedo es su fortaleza. Él vendrá a devorar nuestras almas. Por eso, atentos a estos días sin luna; todo empezará a nublarse y el silencio aterrador poseerá tu mente.

Ya entrada la noche, en la profundidad de tus sueños, se materializará el mayor temor de los infantes. El señor de tus pesadillas te envolverá entre sus tinieblas, logrando desequilibrar tu mente y degradando tu corazón a solo descomposición y pavor envuelto entre carne sudorosa que destila el hedor de la muerte prematura. Una muerte que llegará tras marcar la media noche. Y si aún estás despierto, él ha de venir por ti, para arrastrar tu alma hasta el infierno. Y te juro, que si no te gusta dormir, él vendrá a regalarte la oportunidad de dormitar, en un sueño del cual jamás despertarás. Escúchenme muy bien mis queridos niños, pues en este momento terminaré con la tranquilidad y la seguridad que sentían al resguardarse en lo profundo de sus sabanas. Y también les he de decir, que no solo los pequeños tendrán el infortunio de yacer ante sus delgados y largos dedos. Sin importar tu temperamento o tu edad. Al cruzar la media noche, aquel que susurra en la noche vendrá por ti. Entre más te trates de esconder, y entre más oscuro esté, él más claro podrá verte, estarás a los pies de este viejo amigo de los niños, quien pronuncia tu nombre en medio de la oscuridad con su voz rauca y profunda.

¿Puedes escucharlo...?, ¿puedes escuchar como susurra tu nombre...?

Ahora pongan sus sentidos alerta para vivir en carne propia, la historia que les narraré a continuación.

Un cielo tan oscuro como su corazón, frío como su alma y negro como su mente. Una noche sin estrellas, ni luz en el firmamento, llovía, pero no se escuchaba ni un solo trueno en el cielo, solo el sonido del silencio y nada más. La neblina hacía borrosa la visibilidad, tan espesa y vacua que podía devorar a cualquier caminante nocturno. El temor era lo único que podía

olerse en el ambiente, acompañado por las ansias de sangre y de mentes inocentes para poder perturbar. Pero en medio de la gris oscuridad, lograba divisarse una luz tras un ventanal. La habitación se encontraba en oscuridad, a excepción de la luz que provenía de una pequeña linterna que recorría la habitación iluminando la madera del techo y las viejas paredes. El suelo era aún más frío que de costumbre y se sentía casi congelante al tacto. Bajo las cobijas una niña pequeña y muy hermosa jugueteaba con su muñeca Martina y algunos juguetillos más; todo parecía mostrar que el día no le fue suficiente para compartir con sus amigas de ojos de botón y por ello decidió prolongar su instante de juego con su pequeña y dulce amiga. El viejo reloj colgado en la pared marcaba la una de la mañana. De repente, un diminuto pero singular sonido surgió bajo la cama lo cual llamó la atención de esta inocente niña; ella descubrió su cuerpo con las cobijas para poder observar lo que pudo haber producido aquel sonido, con su pequeña linterna iluminó la habitación sin hallar nada entre las sombras; pareciera como si la neblina huyera de la luz que su pequeña amiga emitía, y al no hallar nada en el lugar, cubrió de nuevo su cuerpo con las cobijas, para poder continuar con su inocente juego. Pero en lo profundo de las sombras hay algo de gran maldad que empieza a traspasar a este mundo material.

La lluvia continuaba y unas cuantas gotas de agua caían sobre la ventana, el viento la acompañaba y entre sus fauces se lograba oír un fuerte y aterrador sonido, un crujido lleno de un lamento muy profundo que copaban de demencia los oídos que tuvieran la desgracia de percibir su macabro aullido. Un árbol frente a la ventana rasgaba el vidrio de la misma, sonido desgarrador que penetraba sus jóvenes oídos y lastima lo más profundo de su angustiada alma. Sonido que perforaba hasta lo más profundo de sus temores. La pequeña e indefensa niña detuvo por un instante aquel juego ya que esos sonidos nada habituales lograban desconcentrarla. Bajo las cobijas, acompañándola estaban varias de sus muñecas; Daniela estiró su pierna y una de sus muñecas cayó al suelo, era la pequeña Martina. Con algo de temor estiró su mano para intentar rescatar a su amada amiga. Sonaron rasguños bajo su cama, los cuales lograban robarle la calma, y acelerar su temprano corazón. Su respiración se veía agitada y decidió guardar silencio producto del pavor. ¡BUM! de improviso un fuerte ruido azotó la puerta de su habitación y cubriendo su cuerpo con sus cobijas, observó la luz que se filtraba bajo la puerta y veía un movimiento extraño tras la puerta. Una figura alargada, entre sombras, se dibujaba bajo el marco del portón, la perilla empezó a girar lentamente, un sonido fuerte y agudo invadió por completo la habitación, era la oxidación del metal corroído de la perilla metálica dorada. La puerta se abrió lentamente y una figura se logró divisar, solo una forma oscura era lo que lograba percatar aquella tierna y noble niña. Al desconocer esta imagen el ritmo de su corazón se aceleró sin control. Tapó sus ojitos con sus pequeñas manos para no presenciar lo que con premura se acercaba a ella. Sintió como una mano se posaba sobre sus hombros... Daniela gritó con gran fuerza. Al abrir los ojos se dio cuenta quien fue la que había

ingresado a la habitación. La calma había regresado de nuevo al corazón de Daniela al observar a su madre frente a ella.

— ¡Es bastante tarde para que continúes despierta! —dijo su madre en un tono reclamante. —-¡y vaya que ha ocurrido algo pues te encuentras muy asustada!

Dice la madre de esta niña, y se sienta sobre su cama.

—No es bueno que una niña buena como tu continúe despierta a esta hora, hay quienes rondan en la oscuridad acechando y esperando que alguna niña no duerma, y así el podrá venir a llevársela. Dormir es lo mejor que puedes hacer, si duermes nadie podrá lastimarte.

— ¿Quién es mamá?, ¿quién es él?

—¡El que susurra en la noche!

La pequeña Daniela al escuchar las palabras de su madre perdió la calma y en sus ojos era bastante visible el temor que guardaba su corazón por aquel espectro infernal.

—Se una niña buena, y acuéstate a dormir ya, o lo escucharás llamándote entre las tinieblas.

—Está bien mami. —Respondió Daniela. —me dormiré mamita, como una niña juiciosa, pero alcánzame a mi muñeca Martina para poder dormir bien, ella me protegerá de todo mal que llegue a acercarse a mi cama.

—abrázala muy fuerte —dijo la madre. —y ella te protegerá de cualquier mal. Duerme ya mi hermosa niña. En la mañana vendré a despertarte. Dulces sueños.

La madre de Daniela besó su frente y después de un "te amo" salió de la habitación y cerró la puerta. La habitación quedó en total oscuridad y Daniela permaneció aferrada a su muñequita Martina; Abrazándola sin soltarla. Depositando toda su fe y su bienestar en la pequeña amiga de ojos de botón.

De nuevo, aquel sonido desgarrador bajo la cama, Daniela cubrió su cuerpo con las cobijas, y en el interior trató de conciliar el sueño pues creía que durmiendo estaría a salvo de este antiguo y maligno ente; aunque le resultaba casi imposible por el temor que empezaba a apoderarse de su corazón. Un sonido acreciente empezó a volverse un poco inquietante. La pequeña Daniela lo escuchaba, lo cual causaba que su pequeño cuerpo empezara a temblar, Cada vez el sonido era más perturbador y profundo. Entre el aire viajaba sutilmente una voz rauca y

chirriante que susurra su nombre.

—“Daniela”

Esta voz se iba filtrando entre las tablas de la cama y llegaba a los oídos de la pequeña, las lágrimas empezaban a deslizarse entre sus mejillas pues le resultaba imposible de retener el miedo que experimentaba; cubriendo sus oídos lo único que repetía en una súplica era el nombre de su madre para que acudiera en su ayuda. Pero su suplica jamás sería escuchada por ella. Sus ojos estaban cerrados con fuerza pues ella anhelaba que este sonido fuera solo un producto de su imaginación, hasta que lo escuchó de nuevo.

—“Daniela”

Vuelve a escuchar su nombre entre susurros que provenían de lo más profundo de la oscuridad. Así, su respiración se iba agitando; la pequeña temerosa encendió de nuevo la luz de su linterna, pero todo estaba en silencio. Buscó entre la habitación algún indicio de donde pudiera provenir aquel escalofriante sonido, y no halló nada, solo había silencio en el lugar. Un extraño movimiento que provenía del armario llamó su atención y ella dirigió la luz de su linterna allí, pero era de noche, la maldad no deseaba ser vista. La luz de su linterna se apagó, y la pequeña e inocente Daniela trató de encenderla con gran prontitud, pues el miedo empezaba a gobernar de nuevo su mente. Lo único que se lograba oír en toda la habitación era el sonido del palpar de su corazón el cual latía cada vez con más fuerza. ¡Bum, Bum, BUM! sonaba cada vez más fuerte el sonido de su corazón. Más desesperado, más angustiado y más lleno de pavor. Con su dulce vocecita suplicó de nuevo por el auxilio de su madre. El fuerte sonido de su triste corazón logró asustarla aún más. Empezó a sentir como su ritmo cardiaco aumenta sin control siendo evidente las pulsaciones en su cuello.

De nuevo aquella aterradora voz surge entre las sombras.

—“Daniela”

Ella escuchó un sonido que rasgaba en el interior del armario y de su alma perturbada. El sonido de madera desgarrada entre uñas largas y putrefactas, y algo aún más escalofriante; una voz que susurraba su nombre, y ella sabía que él había ido por ella. Pero la temerosa Daniela no se atrevía acercarse a aquel lugar con la luz apagada, Y al no estar funcionando su linterna se acercó al interruptor y encendió la luz. Ya estando todo iluminado, el terrible sonido desapareció de la habitación. Nuestra amiga Daniela, quien abrazaba a su pequeña Martina con gran fuerza recuperó un poco la calma. Se dirigió a la puerta de la habitación para poder salir de allí y poder protegerse bajo el abrigo de sus padres; pero la puerta no abría, la cerradura se encontraba trabada y no giraba

hacia ninguna dirección. De nuevo logró percibir un sonido que provenía de lo profundo de su armario. Lentamente se acercó a él con sus manos temblorosas y su mirada lagrimeante para verificar que este se encontraba vacío. La pequeña bastante dubitativa se empezó a acercar; al momento de llegar, extendió su mano para abrir la puerta del armario. Tomó entre su pequeña mano la puerta para abrirla, y con un poco de coraje la abrió, pero allí, no había nada, todo estaba vacío. La pequeña niña se tranquilizó pero seguía aferrada a su pequeña Martina. Y creyendo que todo estaba bien dice:

—No había nadie

Pero muy cerca de ella, una pequeña vocecita dijo.

—Era el coco.

Daniela empezó a temblar por la voz que escuchó, y debido a que no sabía quién le habló su mente empezó a ser abarcada por el temor. Muy llena de angustia Daniela Contestó:

— ¿Quién dijo eso?

Su muñeca Martina, giró la cabeza y dijo:

—Él está aquí.

La pequeña e inocente Daniela se asustó mucho al ver que su muñeca le había hablado, la arrojó lejos cayendo esta cerca de la cama. Una mano huesuda y de piel muy seca salió debajo de la litera de la niña, atrapo a Martina con gran fuerza y se regresó de nuevo a aquel oscuro lugar del cual había salido. Se escuchó un grito y un lamento que provenía bajo las tablas, era la voz de la muñeca quien suplicaba por el auxilio de su amiga. Empezó a salir sangre debajo de la cama y Daniela muy asustada se aleja de allí. El miedo abarcó todo los pensamientos de la niña. De un fuerte golpe se abrieron las puertas del armario, Daniela quedo poseída por el pavor al ver una sombra alta y delgada de ojos rojos en el interior del armario, gritó desesperada, seguido de un llanto desconsolador, salió corriendo envuelta en un mar de lágrimas a su tierna cama quien aguardaba por ella. La inocente y bella Daniela se resguardó entre sus cobijas creyendo que así, estaría a salvo, Quedando totalmente cubierta por sus cobijas. Solo se veía la cama y las cobijas que cubría a la pequeña niña, hay un silencio eterno pero melancólico que abarca toda la habitación. La pequeña Daniela entre mascullos dijo:

— “No hay nada aquí”, “no hay nadie aquí”

Se tapó las orejas para no oír, pero este era un sonido que provenía del interior de sus oídos, un crujir de dientes empezó a apoderarse de todo

su ser, de sus pensamientos y de toda su existencia. La figura de la niña sobre la cama se veía cubierta bajo las cobijas, y una figura alargada se empezó a mover en el interior de sus sabanas acercándose lentamente de los pies a la cabecera de la cama. La pequeña niña, en el interior, temblaba de miedo, llorando sin consuelo, y repitiendo constantemente "mama", una y otra vez lanzaba sus suplicas de protección clamando la ayuda de su madre. Esta figura entre las cobijas se acercó bastante a la niña, y suenó una terrorífica voz que decía:

—Entre más de mi te ocultes más puedo verte.

Después de esto, la pequeña e inocente Daniela fue arrastrada por los pies desde el interior de sus cobijas, llevándosela entre la oscuridad, rasguñando la sabana, e inundando de gritos la habitación, últimos gritos que lograron oír sus padres. Y al ingresar a la habitación, solo pudieron ver a la muñeca Martina sobre la cama.

Y no había nada más allí... solo el eco de un lamento que jamás fue escuchado. Solo el sonido del silencio de suplicas inaudibles. Solo el llanto eterno de los niños sin consuelo que vagarán para siempre en el averno.

Él se alimenta de tu miedo y vendrá por ti a robarte el alma y arrastrarla hasta el infierno.

Y a dormir.

Sino viene el coco y te comerá...